

Comentarios y Reseñas bibliográficas

NO HAY PEOR CIEGO QUE EL QUE NO QUIERE VER: NOTAS DESDE EL TERCER MUNDO

Arlene Tickner, "Seeing It Differently: Notes from the Third World",
Millennium: Journal of International Studies, Vol 32, No 2, 2003.

Florencia López Canellas
(USAL)

En *Viendo las Relaciones Internacionales de modo diferente: Notas desde el Tercer Mundo* Arlene Tickner ofrece una serie de reflexiones sobre por qué los estudios del Tercer Mundo sobre Relaciones Internacionales son prácticamente invisibles en el campo.

Comienza afirmando que la disciplina se encuentra atravesando un momento de gran actividad -no muy lejana a la crisis- que apela al pluralismo y apertura y que, paradójicamente, esto no se ha complementado con esfuerzos sistemáticos por explorar los estudios del Tercer Mundo sobre Relaciones Internacionales. Profundizando sobre el estado de la disciplina y basándose en los diagnósticos de John Vasquez, Niklas Luhman y Richard Ashley señala que los estudios producidos por el Tercer Mundo encuentran en la disciplina una serie de barreras: por un lado el rol del realismo como perspectiva dominante yuxtapuesta a las condiciones bajo las cuales se define y afianza la disciplina -"una ciencia social norteamericana"- y por el otro el pobre acceso a la posibilidad de publicar en espacios especializados.

Respecto de la primera barrera, Tickner sostiene que John Vasquez ha afirmado que desde la perspectiva kuhneana la construcción teórica del campo se ha dado dentro de los límites definidos por el paradigma realista, el que ha operado en el nivel discursivo desacreditando todos

aquellos marcos analíticos basados en el idealismo. Como discurso, según lo ha sugerido Richard Ashley, el Realismo es el sustento del ejercicio de poder a nivel internacional. Finalmente, desde la perspectiva de Niklas Luhmann en torno a los sistemas sociales, el trabajo teórico en Relaciones Internacionales aludiría a una tarea de reproducción autorreferencial del campo a modo de adaptación a la complejidad externa al mismo a partir de conocimiento autogenerado. Tickner resume sus argumentos del siguiente modo:

“Como práctica social, las Relaciones Internacionales constituyen un espacio en el que cierto entendimiento del mundo domina a otros, en el que intereses específicos son privilegiados sobre otros y en el que las prácticas de poder son normalizadas”¹.

Por lo tanto la autora sostiene que todo conocimiento sobre las Relaciones Internacionales es

“(1) constitutivo de la práctica internacional, que en parte re-crea y reafirma tal conocimiento, (2) construido socialmente, teniendo más que ver con las interacciones entre los miembros de la comunidad académica que con el mundo exterior en sí y (3) autista, ya que ignora problemas y perspectivas disonantes con su propia cosmovisión. Visto desde esta perspectiva las Relaciones Internacionales refuerzan categorías analíticas y programas de investigación que son sistemáticamente definidos por comunidades académicas del centro, las que determinan qué puede ser dicho, cómo puede ser dicho y que lo que es dicho constituye o no una contribución importante al conocimiento. La precariedad del Tercer Mundo como objeto de estudio y como agente de conocimiento de las Relaciones Internacionales dentro de los tratamientos que el centro hace de los asuntos mundiales está directamente relacionado a tales prácticas autoreferenciales del campo”².

Aquí convendría aclarar que la autora descuida el hecho de que el agente de tales prácticas auto referenciales no es el campo en sí sino

sectores académicos insertos en el mismo, lo cual nos lleva a otra cuestión diferente a la de las estrategias a las que el sistema apela para adaptarse a la complejidad externa, esta es: la problemática del poder. No es la práctica autorreferencial en sí la que no ha permitido ver al Tercer Mundo como productor de saber sino la brecha de poder existente entre los diversos agentes de conocimiento a partir de la cual se legitiman algunas miradas y formas de mirar la realidad internacional por sobre otras.

Sostiene la autora que la búsqueda de herramientas conceptuales que se ajusten más al mundo real de los asuntos internacionales nos conduce necesariamente a la inclusión de lecturas tercermundistas de las RRII en los esfuerzos de los intelectuales críticos del centro. Al respecto aduce que lo enunciado sobre Relaciones Internacionales por el Tercer Mundo podría constituirse en puntos complementarios de partida sobre asuntos que pueden haber sido un tanto descuidados desde la intelectualidad del centro. Toma en este caso desarrollos alternativos de conceptos que se han definido etnocéntricamente y con pretensiones de universalismo: la guerra y el conflicto, el Estado, la soberanía y autonomía y el nacionalismo. Esta diferencia de enunciación básicamente reside según Tickner en una serie de situaciones contextuales divergentes: la cultura, la hibridación y la vida cotidiana. Aquí nuevamente la autora nos distrae del por qué los aportes del Tercer Mundo han sido invisibles para concentrarse en por qué los aportes del Tercer Mundo, debido a su diversa naturaleza contextual, son diferentes –al punto de poder ser tenidos en cuenta en forma complementaria. Otorgar el carácter de complementariedad es un gesto populista³ que pretende incorporar un saber bajo la presunción de cierta homogeneidad interna y a partir de la esperanza de que su aporte conceptual se constituya más en una fuente de resolución de problemas, frente aquello que los saberes del norte han descuidado, que en un proveedor de posibles reflexiones que permitan apreciar la naturaleza de las contradicciones inherentes a la realidad –tanto en sus prácticas concernientes a lo político como a las atinentes al conocimiento-. En este sentido el intento de rescate de Arlene Tickner *vis à vis* el Tercer Mundo es una empresa conservadora bajo una modalidad *aggiornada*.

Lo que podría constituirse en una cantera de reflexiones respecto a las relaciones de poder inherentes a un acampo intelectual no deja de presentarse para Tickner como una paradoja que expresa el no cumplimiento por completo de una suerte de compromiso –como si tal compromiso hubiera existido alguna vez– de quienes desde una posición reflexiva y crítica apelan a un mayor pluralismo, tolerancia y apertura. Reafirmar en su diagnóstico inicial que “en otras palabras, el “quienes” de los estudios de las Relaciones Internacionales continúa siendo un número selecto de académicos procedentes primariamente de países del centro”⁴ es ubicar a la reflexión del Tercer Mundo sobre política internacional en una posición marginal a la espera de ser rescatada por los centros de la intelectualidad. Esto no necesariamente garantiza trascender la incorporación de la misma como caso de escaparate reconociéndola como interlocutor válido. He aquí que toda operación de rescate y de rehabilitación encierra en sí y en su gesto misericordioso la construcción de un sujeto. Lo interesante del “rescate tickneriano” es poder reflexionar de qué modo este acto construye al sujeto “intelectualidad /academia del tercer mundo”. Una vez establecidas esto, dos líneas de reflexión podrían ser consideradas –sin necesariamente agotar las opciones. Ambas aluden a la problemática de la dominación: una en la misma construcción del sujeto y la otra en la justificación de la operación del rescate/construcción.

Tickner sostiene que a efectos de que la reflexión sobre política internacional se acerque más a las dinámicas del mundo real deberían incorporarse las lecturas del Tercer Mundo en los esfuerzos críticos del centro. Varias preguntas se desprenden de esta aspiración: ¿De qué modo se llevaría a cabo esta “incorporación”: en calidad de ejemplo o de interlocutor válido? ¿Por qué se presume que esto generaría un perfeccionamiento en las herramientas para comprender los asuntos mundiales? Esta aspiración asimismo descansa en la esperanza de que más es mejor y que por añadidura y sumatoria se podría generar un enriquecimiento conceptual sin plantear el escenario de posibles no entendimientos o divergencias que impidan que la mera sumatoria de enfoques con diferentes denominaciones de origen nos conduzcan a un mapa te-

órico que se adecue mejor al mundo actual. Asimismo, Tickner se afina en la percepción de que la reflexión del Tercer Mundo es homogénea y fácilmente asimilable a los esfuerzos de la teoría crítica, como si en el Tercer Mundo no hubiera encarnizados defensores de la *mainstream*. Este es uno de los indicadores del modo en que la autora concibe al objeto y la motivación subyacente de su empresa: refinar y complementar la comprensión prevaleciente de los tópicos de la política internacional. He aquí el lugar al que quedaría destinada la pintoresca reflexión desde el Tercer Mundo, impedida de desempeñar roles más contestatarios, sólo reforzaría la heurística positiva de los productores de sentido del Norte aún en aquellos casos que no persiguen una construcción del conocimiento incremental.

Otro indicador de cómo se construye al objeto 'Tercer Mundo' como productor de conocimiento se observa en su explicación de por qué su producción teórica es invisible en el campo y por qué debería ser tomada en cuenta. Todo esto eludiendo el hecho de que en esta materia la invisibilidad no es una característica propia y física del sujeto sino el resultado de la no mirada del otro. Aquí nos encontramos con una proliferación de factores no necesariamente exclusivos del Tercer Mundo y que en última instancia estarían decidiendo el carácter de complementariedad cuya asignación arbitraria ya fuera remarcada. La diversidad cultural –distintas culturas se hacen distintas preguntas–, la hibridación –la yuxtaposición y reformulación de la producción teórica del centro a la luz de las culturas locales⁵– y la vida cotidiana –aquellas experiencias propias de un investigador en su interacción con la realidad⁶– son factores que han conducido, de acuerdo a Tickner– a los académicos del Tercer Mundo a reformular algunos conceptos que el centro se había encargado de desarrollar bajo pretensiones universalistas y a arrojar algunas preguntas sobre realidades menospreciadas desde el *establishment*. Así, Arlene Tickner otorga el carácter de novedoso –prerrequisito para ser aceptado como complementario– al saber tercermundista eludiendo el hecho de que la preeminencia de cierta conceptualización vinculada a la política de los grandes poderes como definitiva de los asuntos internacionales –diferencia dominio interno/internacional,

anarquía, etc.- también han sido cuestionados desde el mismo centro tal como se observa en recientes trabajos tales como los de Stephen Brooks y Stefano Guzzini respecto del realismo.

Lo más notable es que al ignorar el factor fundamental que ha contribuido al no reconocimiento del sujeto o que ha llevado a ciertos tipos de reconocimientos –esporádicos o anecdóticos–, la autora hace que toda su empresa se vea modificada y en vez de ocuparse del por qué el saber generado por el Tercer Mundo es invisible en el campo opta por esbozar por qué el saber del Tercer Mundo es “distinto”. Este factor que acecha no sólo al trabajo de Arlene Tickner sino también a las condiciones de producción de conocimiento desde el Tercer Mundo y a los criterios de legitimación del saber en la disciplina de las Relaciones Internacionales es nada más y nada menos que el poder. No es una cuestión de invisibilidad sino de no haber querido verlo.

NOTAS

1 Arlene Tickner, “Seeing It Differently: Notes from the Third World” p. 300. Aquí la autora alude a las Relaciones Internacionales como práctica pero tal vez uno debería inferir que en realidad estaría apuntando a la práctica de pensar las Relaciones Internacionales. Esta observación por supuesto no implica negar que tales prácticas se condicionen ni constituyan mutuamente.

2 Tickner Arlene op.cit. p. 300

3 El término populismo aquí alude a su conceptualización desde los estudios de cultura popular. Al respecto una de las primeras operaciones detectadas que hacen de ciertos estudios de la cultura popular mercedores del rótulo populista tiene que ver no tanto con el recorte del objeto de estudio, el establecimiento de sus límites y la pregunta en torno a su composición (la cual derivaría en la cuestión de su heterogeneidad u homogeneidad) sino más bien con el modo de poner en escena a la cultura popular. Esto básicamente hace referencia al modo en el que la cultura popular como un todo unitario es posicionada frente a la cultura culta. Esta primera operación desplaza el foco de investigación de las dinámicas y las preguntas que podrían plantearse al interior de la cultura popular hacia sus bordes partiendo del arreglo de descuido de toda inquisición sobre tal dominio para concentrar la energía de la mirada hacia la cultura popular a partir de un otro que la convierte en tal. Es a partir de esta, digamos, opción –lo cual no implica que necesariamente tal opción se presente impoluta en los momentos de iniciar la investigación– que se da la asignación de características a la cultura popular, características que desde luego no sólo imprimen cierto carácter a tal objeto sino que van

más allá de ello pues pigmentan la relación del mismo con lo otro a partir del que este cobra existencia. Entre estas características, las más remarcadas aluden a la autonomía, autosuficiencia y riqueza simbólica que exhibirían las culturas populares frente a la cultura culta.

4 Tickner Arlene, Op. Cit. pg. 296

5 Aquí Tickner desarrolla diversos ejemplos de cómo “los valores culturales en contextos locales específicos absorben e interactúan con instituciones y prácticas globales” (Pág. 307). Nuevamente otorgar el carácter de global nos desvía del hecho de que tales prácticas son producto y se afianzan en disparidades de poder.

6 Es curioso que la autora caracterice de “intrusiva” a la naturaleza de la vida cotidiana lo cual nos llevaría a pensar en la otra alternativa a una realidad de este tipo: posibilidad del enajenamiento del intelectual algo no recomendable para quienes se dedican al estudio del mundo social.